

resuena el eterno canto de victoria.» El coro canta el aleluya. Finalmente se abre una vez más el escenario y se ve un espléndido cuadro de la glorificación del Salvador. Es de gran efecto ver, al terminar, en forma muda y plástica, las mismas personas que se han estado moviendo y viviendo durante todo el drama. Jesús flota sobre nubes en medio de sus discípulos, a los cuales se unen representantes de todos los pueblos, que caen a sus pies adorándole como a Dios y Redentor. El coro repite, entre tanto, alabanzas y aleluyas. Así termina digna y gloriosamente la representación de la más terrible tragedia que ha presenciado ni puede presenciar la humanidad.

P. FELIX RESTREPO, S. J.

(Concluirá).

TESTIMONIO DE AFECTO

(En el onomástico del señor Rector)

Un mandato honorífico exhibe delante de vosotros toda la humildad del último de los estudiantes del Colegio Mayor, pero aliéntale la convicción de que el vocero oscuro desaparece en medio de la pristina grandeza de las conmemoraciones que suscita la fiesta de hoy, no por sencilla y familiar, menos augusta. Augusta, ciertamente, porque a esta misma hora, en este mismo día de todos los años, se dan cita en estas aulas los espíritus gloriosos de fray Cristóbal de Torres, el gran fundador, José Celestino Mutis, Caldas y Camilo Torres, Camacho, Caicedo y D'Elhuyar, que encabezan un cortejo luminoso y soberbio de próceres y sabios; augusta, porque estos días en que el discípulo honra

al maestro y le rinde tributo de reconocimiento, son, en el fondo, la exaltación de los sentimientos más nobles que palpitan en el alma humana, comoquiera que sólo uniendo a la idea de Dios la de la patria, y dejando después hablar libremente el corazón, es como se puede apreciar con exactitud la enorme intensidad de esta expresión: *honremos al Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Augusta también, porque es el momento preciso en que la juventud generosa y contempladora, experimenta el encanto de emociones inefables en presencia de las huellas de majestad que ha ido dejando dentro de estos claustros, el desfile de la historia y de la vida.

Yo quiero transmitir algunas de esas emociones, y aspiro a que la tosquedad de la forma sea suavizada por este ambiente de respetuosa e íntima cordialidad que todos estamos sintiendo, y que a la pobreza del concepto, la sinceridad sirva de excusa.

Por la esencia misma de sus instituciones, por el prestigio y valor de su austera y clásica tradición, el Colegio del Rosario puede y debe ser considerado como fuente pura de la democracia colombiana. Aquí surgió, por primera vez dentro del país, el concepto de la igualdad ciudadana, y se vislumbró todo el valor que tiene una *carta fundamental*. Con cuánta razón la palabra autorizada de historiadores añejos y de escritores modernos han llamado al Rosario «cuna de la República», «santuario del pensamiento nacional», «Bethlem de la libertad», «relicario en que se guardan las tradiciones de la familia colombiana», «cátedra de Mutis, principio de la ciencia médica en Colombia, hogar del derecho, jardín de las buenas letras, reciamente aferrado a la

tradición y abierto de par en par a todo legítimo progreso.»

Y es menester que, en ocasiones como ésta, cuando el alma toda entera se abre al recuerdo, y el corazón a la gratitud, pregonar muy alto los merecimientos del Colegio y de sus hombres, porque están incrustados en una historia excelsa; porque cantan las glorias del hogar colombiano; porque defienden la cultura adquirida, y son en el porvenir la mejor egida de los jóvenes.

El Colegio del Rosario, desde el punto de vista nacional, es algo muy *nuéstro*, peculiarísimo e inconfundible. «Es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos,» podría exclamar la Nación. Son hijos del Rosario muchos varones gloriosos y muchos contemporáneos ilustres, y los unos y los otros, en hermosa, fraternal y triunfadora continuidad, son la apoteosis del patriotismo, de la fe y de la libertad que palpitan en el alma colombiana. El Colegio del Rosario—como, en síntesis exacta, dijo alguna vez su actual Rector,—es el «centro de donde irradió la civilización por todo el nuevo Reino de Granada; el que proveyó de párrocos y doctriñeros los pueblos recién fundados, de obispos las diócesis, de jurisconsultos los tribunales civiles y eclesiásticos; donde enseñó José Celestino Mutis, brotó la expedición botánica y nació la medicina en nuestra Patria; donde Caldas aprendió ciencias naturales, Camilo Torres se inició en la elocuencia y el derecho; templaron las armas para el combate Girardot y Maza, y para morir en el cadalso, los mártires de Cartagena.»

Cañtera riquísima, filón inagotable, semillero milagroso, de aquí han surgido obispos y generales, estadistas y filósofos, sabios y escritores, y aquí, en medio de nosotros, se están levantando las generaciones que, honrando a la Patria y dándole nuevas victorias, sabrán



demostrar con hechos, no sólo con palabras, que la Patria no muere nunca, y que por ella todo sacrifició es pequeño.

Dentro del espíritu de fe acendrada que siempre ha estado en armonía con la ciencia, aquí se ha abierto un amplio campo a toda serena investigación, buscando el basamento sólido de la cultura clásica, con la enseñanza de la doctrina tomista y de las lenguas sabias, a todo lo que pudiera llamarse ciencia moderna, y realizando así el lema expresivo y profundo: *nova et vetera*.

Dentro de la más profunda veneración al pasado, aquí tenemos los ventanales ampliamente abiertos al porvenir. Convivimos afanos con nuestros padres, que fundaron el verdadero progreso en Colombia, que la hicieron autónoma, que la desarrollaron en la vida republicana, y vinculándonos cariñosamente a la gloriosa y austera tradición, vivimos pensando en cómo habremos de dar mañana a la Patria carísima mayor lustre y nuevos lauros.

Si por todo ello, yo hubiera de buscar la versión gráfica de mi propio pensar, diría que estos claustros son un libro inmortal y un libro inmenso: por sus páginas de piedra, proceras y augustas, han pasado tres siglos. En ellas encontramos la descripción de batallas bien ganadas; la evolución gradual de un progreso intelectual y ético que hoy ha llegado a un punto muy alto; memorias sagradas que exhalan un aroma suavísimo de bondad; el sello de majestad y de prestigio que ha dejado la alteza de tantos eximios varones; el relieve poderoso de tantos ejemplos fecundos y magnos.

Libro bendito es este claustro: en sus vastas escaleras encontramos la huella sagrada de los que descendieron a darse en holocausto por la emancipación na-

cional; dentro de las aulas vibra todavía la palabra encendida de mártires y libertadores; de los muros que nos rodean parece que se desprenden y entran en el alma de los estudiantes todas aquellas nobles abstracciones de virtud y de heroísmo, de fe y de sacrificio, que hacen que nos sintamos capaces de grandes cosas y más fuertes que el mal y que la muerte. Libro bendito es este claustro!

Pero a la magnitud del libro, y a la santidad y a la sabiduría de las lecciones debe corresponder la talla moral de quien haya de dictarlas, y es por esto por lo que creo que, cuanto pudiera decir del sacerdote insigne a quien dedicamos esta festividad, resultaría pálido delante de esta justa afirmación: Monseñor Carrasquilla es el maestro más digno de enseñar en este libro.

En efecto, su vida toda ha sido una constante y fervorosa apología del patriotismo y de la fe. Es él, él mismo, la demostración práctica de las virtudes que predica, de ahí que, no obstante su genial modestia, la nación tiene consagrado ya, en momentos y en leyes, todo cuanto significan los méritos que él ha sabido alcanzar.

¿Qué habríamos pues de decir sus discípulos que no fuera la refrendación, débil pero plena de sinceridad y de cariño, de todo lo que han pregonado las voces más respetables que la Nación posee?

Restaurador, dentro de este instituto, de la filosofía tradicionalista, ha hecho de ésta la enseñanza más amable y más fácil; educador en toda la noble extensión de la palabra, ha asentado, como base indestructible, el estudio de las humanidades clásicas; orador de subidísima elocuencia, la verdad que de sus labios fluye, penetra en lo más hondo del alma; escritor cas-

tizo, ha sabido dar esplendor y lustre a la lengua de Castilla; pedagogo insigne, ya sabe la República cuánto ha sacado de sus métodos; descendiente de próceres, enseña con autoridad y con unición, todo lo que debemos al suelo en que nacimos. En las aulas y la cátedra sagrada, dentro de las academias y aun en sus relaciones de hogar y de amistad, el sabio y el apóstol se destacan siempre. Bien se ve, por tanto, que honrando al Rector, al Colegio se honra, y cómo los reflejos de su gloria descienden también sobre todos sus discípulos.

Que Dios omnipotente y la Virgen bendita, cuya efígie bordó una reina, premien, ilustre maestro, vuestros grandes esfuerzos por el bien, y nos concedan que disfrutéis larga vida para provecho de la juventud y honor del nombre colombiano.

1922.

FRANCISCO PUYANA
convictor.

¡ADIÓS, CORDERA!

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera*.

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo des-puntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jicaras* blancas y sus alambres paralelos a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de acli-